



Rafa Latorre

El sancheo es un pez globo

El verbo *cantinflear* va a cumplir treinta años en el diccionario. Es probable que la vanidad le haya susurrado a **Sánchez** que él, como **Mario Moreno**, también puede aspirar a la gloria de la posteridad idiomática. El *sancheo* es un discurso inflado como un pez globo. Aprecien este bellissimo ejemplar: el Plan de recuperación, transformación y resiliencia. Una forma de revestir la nada de exuberancia es colgarle tres adjetivos a cada sustantivo como en este sintagma feroz del documento que Sánchez presentó para demorar una explicación: "*Crecimiento inteligente, sostenible e inclusivo*". El texto se hincha como un fugu, dentro solo tiene aire o agua, pero ocupa mucho espacio y, leído, mucho tiempo. Que nadie sepa en qué consiste un plan que ha sido presentado nueve veces con gran aparato y discursos de no menos de 40 minutos es una proeza del lenguaje y aun de la zoología. Es también un hito del *packaging* comparable al que coronó **Piero Manzoni**, con la diferencia de que la *merda d'artista* es algo, una buena mierda, pero es algo, y el *sancheo* contiene un vacío intergaláctico que, como es sabido, es mucho más vacío que el interestelar. Las escamas del pez globo de la recuperación y la resiliencia son palabras con una raíz irrelevante completada, esto es vaciada, por el sufijo -ción. En una reunión cualquiera de una empresa cualquiera es fácil identificar al charlatán por ese fraseo gutural del on, on, on, una especie de canto difónico mongol en el que se suceden significantes que han perdido su significado, como modernización, dinamización, activación, revitalización, adaptación, concienciación, interacción. El verbo transmite acción a la frase, es el monarca de la oración, un sustantivo terminado en -ción es un verbo castrado, una palabra sin atributos, un bochorno.

La dinamización o la revitalización serán en todo caso las consecuencias de las reformas, sólo faltaría que una inversión milmillonaria ansiara como retorno la ralentización y la necrosis. Si no hay un cómo, una cortesía elemental obligaría a que el discurso fuera breve pero el *sancheo* es un prodigio de la oratoria que se basa en el desprecio del que escucha.

Con todo lo descrito, cualquiera pensaría que la genialidad del *sancheo* radica en su vacía voluptuosidad. No. Lo sublime del *sancheo* es de fondo y no de forma, pues lo que encubre esta empalagosa mole triunfal de palabras es un rescate. No una conquista o una recompensa por la audacia de unas políticas sino el paliativo de una catástrofe horrible y deprimente. Y, como es lógico, sujeto a unas condiciones estrictas que el presidente no tiene el coraje de revelar. Cuánto más decorosa era aquella perífrasis mariana de "un préstamo en condiciones ventajosas". Y cuánto nos reímos de aquello.